

# Capítulo 2 - La Tierra de los Caminos Rotos

“No tengo idea de qué es eso. ¿Has escuchado algo así?” preguntó Dirt. Se giró para evaluar su miedo y pensar cuánto quería compartir. Ambos niños mostraban aprensión, pero se inclinaban hacia él como si quisieran escuchar mejor.

“Yo no,” dijo Biandina.

“Ni yo,” agregó Antelmu, innecesariamente.

Dirt dijo: “Anoche me desperté y escuché un ruido de prisa, como un ¡whoosh! ¡whoosh! ¡shhh! ¡shhh! Era un crujido entre los arbustos que Antelmu puso en el pasillo, pero no había puerta por donde pudiera entrar algo. Sin embargo, parecía venir de todas partes, y no entendía qué era, así que miré por la ventana...” Se asomó de nuevo y señaló el círculo de tierra sin nieve alrededor de la torre. “Y vi algo negro, como agua, o niebla. Todavía no estoy seguro de qué era. Se filtraba por todo alrededor de la torre, pero nunca entró por nuestra ventana. Hice una luz, y no le gustó. Lo espanté y nunca volvió, así que simplemente volví a dormir.”

“¿Por qué no me despertaste?” exclamó Biandina, levantando la voz, con el puño apretado.

“¿Debería haberte despertado?” preguntó Dirt, sorprendido por su repentino arrebato.

“¡Sí! ¿Y si era peligroso? ¡Quizá yo lo hubiera reconocido!”

“¿Lo reconoces por la descripción? ¿Cosas negras, brumosas, un poco brillantes, que hacen ¡whoosh! ¡whoosh!”

“No, pero—”

Dirt encogió los hombros. “Simplemente no quería despertarte. Eso es todo.”

“De acuerdo, escucha, cuando Socks no esté aquí, yo soy el que manda, ¿entiendes? Eres un niño, Dirt. Eres demasiado pequeño para hacer todo solo. No es que esté diciendo algo malo de ti. Es simplemente la verdad. No me importa si creciste solo en un bosque y comías bichos todo el día sin nadie que te diga que no. Ahora estás aquí, y las cosas han cambiado. Yo mando.”

“¡Tú no mandas!” reclamó Antelmu.

“¿Ah sí? Entonces, ¿quién es? ¿Tú, hermanito? ¿Vas a pelear conmigo por eso? No necesito ambos brazos para doblarte como si fuera de papel.”

En lugar de intimidarse o enfadarse, Antelmu parecía exasperado. “No estamos en casa. Mamá y Babbu no están aquí para que tú estés al mando. Ya no puedes ordenar todo siempre,” dijo.

“Soy mayor que tú, he visto más que tú, soy más inteligente, y todavía soy más fuerte.”

“Cállate, Biandina, ¡no lo eres! Aunque tuvieras ambos brazos, te vencería en una pelea. Deja de intentar hacer cosas que no puedes.”

“¡Pruébame! Con Socks aquí, siempre hago lo que dice porque, bueno, míralo a él. Pero no está, y Dirt ni siquiera sabe atar tres tipos distintos de nudos. Solo es un niño, por muy fuerte que sea, así que no puede ser el que manda. ¿Entonces por qué tendría que ser tú y no yo?”

“No quiero seguir tus órdenes, Biandina. ¿Y sabes por qué? ¡Porque tomas decisiones tontas!” exclamó Antelmu, alzando la voz. Estaba claramente enojado, pero en su rostro se notaba una pizca de culpa por decir cosas que sentía que debía callar.

“¿Yo tomo decisiones tontas? Eso es una estupidez, viniendo de alguien que me sigue. ¿Confías en tus propias capacidades? Ni siquiera sabías que existía la Torre Cuadrada. Solo porque ganaste un caballo temprano, ¿ahora piensas que eres nuestro nuevo Prosperu?”

— ¡Bueno, tú tampoco! —escupió Antelmu. Algo en sus palabras le había dolido. La suciedad podía verlo en el rostro del muchacho.

Biandina no retrocedió, sin embargo. — No, no lo soy, pero al menos intenté hacer algo al respecto. Tal vez fue una decisión tonta, ¡pero aquí estás, siguiendo mi ejemplo como un buen corderito!

— ¿Por qué tiene que haber alguien a cargo en absoluto? —gritó Antelmu.

A medida que la discusión se intensificaba, Dirt se mostró cada vez más desconcertado. Marina había discutido con sus dos hombres, pero nunca así. Èlia y Màxim a veces se habían peleado y molestado, pero nunca hasta enojarse. Si estos dos fueran hermanos, ¿no se suponía que deberían ser más amables entre ellos que con cualquier otra persona?

— ¿No quieres que nadie esté a cargo? Tal vez deberíamos separarnos y seguir cada uno por su lado. Quizá puedas buscar otro caballo, si prefieres estar solo. Quizá puedas recorrer el camino de regreso a casa —sugirió Biandina.

— ¡Cállate! —gritó Antelmu—. ¿Por qué estás así?

— ¡¿Por qué estás así?! ¡Tú empezaste — respondió Biandina—.

Dirt interrumpió: — ¿Qué tan enojados están ustedes dos, exactamente? ¿Están a punto de pelear? ¿Necesito preocuparme porque alguien pueda ser empujado por la ventana y morir?

— Ocupate de tus asuntos. Ni siquiera la conoces — dijo Antelmu. Volvió a la puerta con intención de salir, pero aún estaba cubierta de piedra y solo logró dar dos pasos antes de notar la obstrucción y detenerse. Resopló con ira y dijo: — ¿Puedes abrir esto, por favor?

— No —contestó Dirt.

El silencio llenó la habitación, aunque no estuvo exento de comunicación. La rabia flotaba en el ambiente entre los hermanos, teñida de culpabilidad y de un temor no menor.

— ¿Haces esto con frecuencia? ¿Discutes así? —preguntó Dirt.

— Ya te dije que te ocupes de tus asuntos — masculló Antelmu, volviéndose arisco, pues no podía escapar.

Dirt lo ignoró. — Los árboles no discuten, y si los lobos se enfadaran de esta manera, alguien estaría con la tripa hecha trizas en el suelo. No tengo mucha experiencia con humanos, ¿pero esto es normal?

— No es normal. Él es simplemente imposible de tratar — respondió Biandina. Se cruzó de brazos, pero no pudo. ¿Cuánto tiempo tardaría en dejar de reaccionar automáticamente a ese hábito?, se preguntó.

— Tú también — añadió Antelmu.

Dirt los observó un momento, intentando descifrar qué estaba ocurriendo realmente. Espiar sus pensamientos no ayudaba, pues simplemente repetían las mismas cosas que decían en voz alta. Por más contexto, claro, como imágenes del hogar, discusiones anteriores y cosas no dichas. Cosas horribles que no eran verdad, pero que quizás habían sido útiles para ganar la discusión.

— Nunca había visto a nadie enojarse tanto por algo sin intentar matarlo —dijo Dirt—. No sabía que los humanos podían ser así. No pasó nada y ustedes están intentando comenzar una guerra. Te propongo una cosa: voy a dejar mi cuchillo en el suelo y tú verás quién lo agarra primero.

Ambos niños se echaron a molestar incómodamente. — ¿Y ahora qué? —preguntó Biandina.

— ¿Qué crees tú? —contestó Dirt, esperando que esto no fuera un grave error, y lo lanzó al suelo justo en medio de ellos. — Adelante. No interveniré, si eso es lo que quieren.

Dirt dio un paso atrás y se apoyó contra la pared, cruzándose de brazos y encogiendo las piernas para parecer más pequeño. Así, Antelmu y Biandina lo tenían por encima, con las caras apagando su furia.

No resolvió todo, no por completo. Ambos niños eran demasiado testarudos para eso. Pero sí puso fin a la discusión. Antelmu mantenía una chispa de resentimiento encendida, por si perdía parte de su creciente orgullo, y Biandina conservaba su indignación, que parecía estar vinculada a su sentido de valía.

Aun así, a medida que el doloroso silencio se prolongaba y la daga permanecía intacta pero no sin vigilancia, el ánimo se suavizó. El hermano menor fue el primero en ceder y dijo: “Biandina puede encargarse. Hasta que Socks vuelva.”

Ella rápidamente agregó: “Prometo no ordenarte por ninguna razón. Podemos trabajar juntos. ¿Está bien?”

“Sí,” dijo Antelmu.

“Necesito tu ayuda. Solo quiero estar organizada,” dijo Biandina.

“Está bien,” afirmó Antelmu.

“Gracias,” expresó Biandina.

Antelmu tomó la cuchilla con cuidado y casi la soltó. La idea de herir realmente a Biandina con ella la hacía sentir más caliente que las brasas al rojo vivo y no quería tocarla. Se la entregó de vuelta a Dirt.

Dirt la deslizó nuevamente en su funda y ambos hermanos parecieron claramente aliviados.

Biandina se giró hacia Dirt y le dijo: “Nunca hagas algo así de nuevo. Nunca nos haremos daño.”

“Olvidas que fui criado entre árboles y mi mejor amigo es un lobo. Los árboles rara vez discrepan y nunca discuten, y los lobos matan cuando se enojan mucho. No sé dónde, entre esos dos extremos, debo situarme. Estoy aprendiendo a ser humano observándoos a vosotros dos,” dijo Dirt. “Espero aprender bien.”

Ambos niños perdieron un poco más de su ira, reemplazándola por vergüenza. Todavía eran demasiado testarudos para pedir perdón, pero eso no importaba. Aún eran niños, por unos cuantos años más.

Dirt suspiró profundamente. ¿De dónde había salido esa pequeña corrección? Surgió de manera instintiva y se sintió como viejo Avitus, enseñando... a alguien. ¿Alguna vez tuvo descendencia? Dirt extendió su mano y trató de recordar cómo se sentía una cabeza pequeña bajo su palma. Nada le vino a la mente. Quizás tenía descendientes vivos en alguna parte; quizás incluso todos. Generación tras generación, a medida que su semilla se propagaba de una línea a otra mediante matrimonios, hasta que cada humano viviente fuera su descendiente. O quizás Avitus solo había tenido discípulos y acólitos, y todo lo que quedaba de él era Dirt y una reputación maldita.

Bueno, tendría que intentar limitar las enseñanzas, o acabaría dándose vergüenza a sí mismo. Avitus podía ser sabio y versado, pero en la medida que Dirt fuese sabio, ciertamente no era erudito.

“¿Puedes abrir la puerta en serio? O si no, voy a hacer pis por la ventana,” dijo Antelmu, desplazando su peso a la otra pierna. Biandina soltó una risita de sorpresa.

Dirt se levantó de golpe. Dijo: “Estaba bien hasta que dijiste eso. Vaya, ahora necesito apurarme.”

Le dio una patada a la delgada lámina de piedra, atravesándola, y salió corriendo por el pasillo riendo. Antelmu le siguió, pero ninguno de los dos pudo correr a toda velocidad, lo que los hizo aún

más divertidos. Ambos llegaron hasta las escaleras y salieron de la torre, con Biandina pegada a ellos. Suspiros exagerados de alivio, acompañados de risitas, disiparon la oscuridad que antes los había envuelto.

Tras un desayuno ligero, siguieron a Biandina hasta la cima de la torre para obtener una vista más amplia.

Desde el séptimo piso, el paisaje era más extenso que desde el segundo, pero no encontraron nada nuevo. Un círculo de suelo sin nieve alrededor de la torre, y un amplio rastro de nieve que se alejaba varios metros hasta llegar a una irregular masa gris que parecía una formación rocosa. Eso era todo. El suelo ni siquiera estaba húmedo—lo habían visto cuando salieron—y la nieve no había sido empujada a los lados. Simplemente había desaparecido, dejando hierba achatada y parches secos de suelo pálido y rocoso.

“¿Crees que deberíamos ir a ver qué hay allí?” preguntó Biandina, asintiendo hacia la formación gris.

“No,,” dijo Dirt. “Quizá si Socks estuviera aquí, o si ustedes dos no estuvieran. Puedo correr bastante rápido si necesito huir, pero no mientras llevo a los dos.”

“No deberíamos perturbarlos,” dijo Antelmu. Se acercó a una pared diferente, mirando en otra dirección. Luego a la otra parte.

Dirt buscó con su vista interior algo inusual, pero nada destacaba. La zona gris y llena de bultos al final del sendero estaba demasiado lejos, si en primer lugar había algo vivo allí dentro, y tampoco había comida a su alcance. Quizá más tarde pasaría algún pájaro.

“¿Qué estás buscando?” preguntó Biandina cuando Antelmu regresó, esforzándose por sonar amistoso.

“Algún otro lugar donde podamos encontrar refugio. Ojalá hubiera llevado mi tienda desde Boulder, pero estaba doblada debajo del sillín y no pensé en ello,” dijo Antelmu.

“¿Viste algún sitio prometedor?”

“No. Pero podría haber una cueva o algo así. Y puede que haya algo en las ruinas que aún no hayamos visto.”

Biandina reflexionó por un momento y luego dijo, “Antelmu, ¿crees que tú y Dirt podrían cazar algo?”

“Por supuesto. ¿Por qué solo nosotros? ¿Vas a hacer otra cosa?”

“Vamos a ver si puedo hacer esto con una mano...” Levantó su mano hacia la boca, dobló los dedos en una forma extraña y los metió entre los labios. Luego respiró hondo, y al principio solo hizo un sonido de viento, pero intentó varias veces haciendo ajustes, hasta que logró un silbido agudo y estridente. Lo repitió y logró uno aún más fuerte, tan potente que Dirt tuvo que taparse los

oídos.

“Parece que puedes,” dijo Antelmu con una ligera sonrisa.

“Sí. Creo que lo que voy a hacer es quedarme aquí arriba y vigilar. Si silbo una vez, significa que vi algo y deben volver de inmediato,” explicó Biandina. “Se me ocurrió algo, y es, ¿y si la razón por la que los lobos dijeron que esperaríamos aquí es porque es el lugar más seguro? Entonces, si podemos, deberíamos quedarnos, creo que debemos planear sobre esa base. Pero si silbo tres veces, así,” y aquí hizo tres silbidos rápidos, casi chirridos, “eso significa que vi algo, y deben huir.”

A Antelmu le llevó solo un momento comprender que ella quería que lo abandonaran, y se chocó la lengua, como si de repente le se secase la boca. “Vale. Podemos hacer eso.”

Ella añadió, “Ve en otra dirección, no hacia esa cosa.”

“Lo sé.”

Los dos hermanos se enfrentaron por un instante, y Dirt se preguntó si estaban a punto de abrazarse. Sin embargo, no lo hicieron, y Antelmu dijo, “Volveremos pronto.”

Dirt siguió al hermano mayor por las escaleras y de regreso a la habitación donde habían dormido, donde recogió su arco y sus flechas. Una vez los tuvo, Antelmu empezó a caminar en silencio y descendió las escaleras.

Adoptó una expresión seria al salir y dejó de hablar, solo señalando con gestos de manos. Algunos eran claros, como el de ‘seguir’, pero para otros Dirt tuvo que mirar en la mente de Antelmu para entender lo que quería decir. Había una señal para la dirección del viento, otra que significaba ‘no pisar esto’, y una más para ‘caza avistada’.

Resultó ser muy divertido, en realidad, acechar como si fueran lobos. Y cazaron casi exactamente como lo hacen los lobos—mantenerse aguas abajo de la presa, agachados, en silencio.

Encontraron un sendero prometedor en poco tiempo, una pequeña manada de ciervos. Los excrementos frescos indicaban que la huella era probablemente tan reciente como la noche anterior, lo que significaba que estarían cerca, y los dos muchachos los siguieron.

A gatas detrás de un arbusto seco, Antelmu se detuvo y hizo señas para que Dirt se acercara. Susurró: “Los ciervos son más activos en la mañana y en la tarde, así que no los atraparemos durmiendo. Solo tenemos que acercarnos lo suficiente para disparar. Si logro clavar una flecha en uno, está bien si no muere de inmediato. Podemos seguir su rastro. Mantén los ojos bien abiertos y dime si ves algo, ¿de acuerdo? Golpémé para que mire, y haz así.”

Antelmu le mostró el gesto de ‘objetivo visto’, que consistía en apuntar dos dedos a los ojos y luego al objetivo. Dirt lo imitó y asintió.

El niño dijo: “Ya he cazado toneladas de ciervos antes,” y Dirt también hizo una señal de aprobación.

Luego continuaron adelante. El terreno era áspero, pero los ciervos parecían preferir los caminos más fáciles, que pasaban entre rocas o matorrales espesos en lugar de atravesarlos o rodearlos. Los ojos de Antelmu estaban fijos en la ruta por delante, así que Dirt vigilaba a los lados y detrás.

Él percibió sus pensamientos mucho antes de ver a los ciervos en sí. Solo eran un par, y no tenían cuernos, por lo que Dirt asumió que eran hembras. Eligió a la que le parecía más grande y le hizo pensar en ella, ajustando su atención. La cierva levantó la cabeza y miró con cautela a su alrededor, aunque todavía no estaba lo suficientemente cerca para que los chicos pudieran verla.

Antelmu siguió la huella, y cada vez que la cierva se disponía a masticar otro pedazo de hierba, Dirt modulaba su atención con otro impulso mental, manteniéndola en su sitio. Después de otros cien pasos, Dirt reconoció el arbusto más grueso y tupido y le tocó el hombro a Antelmu. Él señalaba sus orejas y asintió. Una expresión de preocupación pasó sobre el rostro del niño mayor, y Dirt lo vio pensar: *No hay forma de que hubiera oído algo antes que yo, ni siquiera ha cazado antes, seguro, al menos no sin Socks, y en realidad yo estaba escuchando... ¿y si de verdad escuchó antes que yo? Sería vergonzoso, porque yo soy el cazador experimentado...*

Si Antelmu supiera cuánto cazaron Dirt y Socks, tal vez estaría menos preocupado por lucirse. Después de aquello, Antelmu se movió un poco más silencioso, y Dirt no dejó pilar que lo delatara. Simplemente lo siguió, manteniendo al ciervo en su sitio para acortar la persecución.

Antelmu fue el primero en avistar a su presa, y Dirt supo en ese instante, por la forma en que el niño temblaba como si hubiese sido sorprendido, que había ocurrido. Sin embargo, más que por la caza en sí, sintió mayor satisfacción por no haber sido eclipsado. Se agazaparon en el suelo mientras él deliberaba dónde posicionarse para disparar.

Por su actitud cautelosa y atenta, Antelmu debió entender que era momento de extremar el cuidado, y se movió lenta y silenciosamente. Esperó hasta que el animal miró en otra dirección, luego avanzó unos pasos arrastrándose, y se quedó quieto cuando el ciervo se volvió a girar. Esto ocurrió varias veces, y Antelmu era mejor en ello de lo que Dirt había imaginado. Solo en una ocasión el ciervo detectó el movimiento, y habría huido si Dirt no hubiera borrado ese instante de su mente. Pero fue solo una vez. Después de todo, Antelmu resultó ser bastante astuto.

Finalmente, Antelmu sintió que tenía un disparo, y levantó lentamente su arco. Disparó sin aviso previo, y la flecha voló recta, pero su puntería no fue perfecta. Le dio por encima del hombro, a una mano del vital en el cuello o las costillas. La flecha atravesó la escápula del ciervo, aunque solo de manera superficial, y la criatura saltó aterrorizada.

Solo dio dos pasos antes de que Dirt empujara su mente a dormir, haciendo que cayera de espaldas en el suelo. ¿Eso era hacer trampa en una caza humana? Probablemente no. Al final, lo habrían alcanzado. Solo era una forma de ahorrar tiempo.

Los chicos corrieron hacia adelante a toda velocidad, y Dirt sacó su cuchillo. Dirt no había logrado que el ciervo entrara en un sueño profundo; ya se estaba despertando y comenzaba a levantarse antes de que llegaran. Pero eso fue suficiente, y Dirt le clavó varias veces el cuchillo en los pulmones y en el cuello, antes de que pudiera ponerse de pie, y eso fue todo.

Aunque Dirt podría haber levantado el animal sin problemas, no quería mancharse la ropa nueva con sangre, así que cada uno tomó una pata y lo arrastró por la nieve, lo cual no fue muy efectivo, pero funcionó bastante bien.

Biandina les hizo señas desde la cima de la torre, luego bajó hasta encontrarse con ellos cuando se acercaban.

“Eso no te ha llevado mucho tiempo,” dijo, y no mostró en su expresión ninguna duda o fingida satisfacción.

“Simplemente se quedó allí esperando por nosotros. La caza más fácil que he tenido. La primera flecha lo derribó, y luego Dirt lo remató con su cuchillo,” dijo Antelmu, sonriendo con orgullo.

“Antelmu es bastante bueno en la caza. No sabía qué esperar, porque siempre cazó con Socks, pero él hizo un buen trabajo,” comentó Dirt.

Eso parecía un gran cumplido, y Antelmu sonrió aún más.

Biandina respondió: “No me sorprende. Vamos a colgar esta cosa en una ventana para que escurra la sangre, y después podremos despiezarla.”

“¿Ustedes dos pueden manejarlo?” preguntó Dirt.

“Por supuesto. ¿Tienes algo en mente?” preguntó Biandina.

“No quiero volver a ser sorprendido en la noche, así que voy a tomar... ciertos pasos,” afirmó. Le entregó el cuchillo a Biandina para que la ayudara a despiezar, luego se dirigió hacia la pared. Trazó una línea con su dedo mientras caminaba a lo largo de la pared exterior, dobló la esquina y continuó.

Con cada paso, su mente pensaba rápidamente en cómo encantar un edificio completo. Si iban a quedarse allí, hacerlo con seguridad era su prioridad. Comenzó a trabajar.

---

Revision #1

Created 7 June 2026 07:02:33 by Diana Prince

Updated 7 June 2026 07:02:36 by Diana Prince